UNA CIUDAD MODELO

La locomotora avanzaba acompasadamente, con lentitud al principio, con regular velocidad después y con vertiginoso furor por último, arrastrando en pos de sí el gran *Sud-Expreso* europeo que, partiendo de la capital francesa, atraviesa España y va á morir en Sevilla. Arrellanado cómodamente en los blandos asientos de uno de los departamentos del *sleeping car* (elegante vocablo británico que sustituye con ventaja entre nosotros el ramplón y prosaico de *cochecama*) departíamos y compartíamos las ventajosas condiciones en que se llevan á cabo los viajes modernos, esta mi personalidad y un muy gran amigo mío y compañero que fué de colegio. Mi amigo, distinguido joven argentino, que recorría á la sazón Europa, á donde había llegado pocos meses antes, procedente de su patria, unía á una sólida y poco común ilustración, un notable espíritu observador y un buen sentido crítico que no es difícil hallar á menudo entre los hijos de la América española. Visitadas ya por él Francia, Inglaterra, Alemania é Italia, reservaba el último, si bien preferente lugar, para nuestra patria que, con notoria cordura y buen gusto, consideraba él como la segunda suya. Habíamonos casualmente hallado en París, y conocedor yo por él mismo de sus designios, brindéme gustoso á acompañarle á la corte española, á donde me era preciso volver y hacia donde pensaba él, con antelación á lo demás, encaminar sus pasos.

Habíamos dejado ya á Madrid á nuestra espalda. La conversación, generalmente variada, recaía con frecuencia, como no es maravilla sucediese, dados nuestros comunes gustos y aficiones, en la historia patria, en la España antigua y moderna, en las regiones y ciudades que atravesábamos ó que ante nuestra vista se presentaban. Explicábale yo á la sazón, con todos sus pelos y señales, cómo Madrid, último punto de parada de nuestro tren (que por su calidad de *rápido* no se detenía en las restantes estaciones anteriores á Toledo), pueblo oscuro y de escasa historia y servicios, había osado, en últimos del siglo XVI, arrebatar á la ciudad del Tajo la capitalidad de España, que con indiscutible derecho y sin oposición alguna venía ejerciendo desde la remota época de los godos. Referíale también cómo Felipe II, de feliz recordación para los toledanos, había dirimido la contienda entablada entre Madrid y Toledo, pronunciando ante los emisarios de Madrid aquellas célebres palabras que nos conserva la historia: *Pues la razón y el derecho lo prescriben, cúmplase conforme á derecho y á razón*, en cuya respuesta se envolvían la sanción y confirmación absoluta de todos los privilegios de Toledo y el más explícito desaire de las injustificadas pretensiones de Madrid.

El tren caminaba con rapidez asombrosa, atravesando prontamente la feraz *Sagra*, con sus dilatadas llanuras, sus prósperos y ricos pueblos y su bien cultivada campiña. Ya el Tajo se presentaba á nuestra vista, ancho y caudaloso, engalanado en sus márgenes con eterna y lozana verdura. Aquí distinguíamos una alegre alquería, acullá una importante fábrica movida por el río, ora era una vasta explotación agrícola dotada de todos los útiles y edificios que la moderna ciencia requiere, ora una línea férrea transversal que lleva la animación y el movimiento á importantes centros manufactureros. Por todas partes, lindas casitas, quintas de recreo y aun elegantes *chalets*, indicios estos y los anteriores de que nos aproximábamos á buen paso á un gran centro de población, á la capital populosa de un reino floreciente, á un inmenso caos humano en que estarían armónicamente compendiados cuantos elementos son precisos para constituir una ciudad modelo.

Atentamente observaba todo esto mi acompañante, en cuyas facciones se pintaba la satisfacción que en él producía el espectáculo. Llegábamos, en fin, á Toledo. Los barrios extremos de la capital se extendían á nuestra vista, flanqueando ambos costados del río, con sus dilatadas aunque no muy anchas calles modernas tiradas á cordel, con sus casitas de dos y tres pisos, habitadas principalmente por numerosa población obrera. Un verdadero bosque de altas chimeneas daba bien á entender cuál es la característica que en especial distingue á la Toledo moderna. El río, encauzado por medio de amplios y cómodos muelles, repletos en toda su extensión de innumerables mercancías, rebosaba en barcos de diversos tamaños, formas y nacionalidades.

Pero la hermosa perspectiva subió de punto, cuando, llegados casi al final de nuestra carrrera, hubo de lanzarse el Sud-Expreso en el magnífico viaducto de hierro, de cincuenta metros de elevación, que se alza por cima de la ciudad atravesando el río, en el histórico sitio conocido tiempo atrás bajo el nombre de *Huerta del Rey*. Pasado el viaducto llegamos á la estación del Norte, una de las cuatro que, á cual más grandiosas y desahogadas, reciben al viajero á su venida á Toledo.

En reposo ya el tren, nos preparamos á abandonar nuestro departamento y la estación para, con la ayuda de un vehículo cualquiera, trasladarnos prontamente al centro de la ciudad. Nuestro intento no era, empero, tan fácil de ponerse en inmediata ejecución como á primera vista parecía. Torrentes de viajeros, una verdera *turbamulta*, entre la que tan pronto se distiguía la blonda cabeza y el empaque habitual del *touriste* anglo-sajón, como las facciones correctas y la prominente nariz del vascongado, tan pronto la original y típica indumentaria de alguna familia *yankee*, como el ejemplar usual y corriente del castellano, del catalán ó del andaluz, inundó súbitamente el ancho y dilatadísimo andén, surcado por ocho vías y protegido por enorme cubierta de hierro y cristales.

Pero no era precisa la llegada de los viajeros para que el andén se viera convertido en una Babilonia auténtica. Antes de apearse aquéllos, y por consiguiente nosotros, ya lo tenía invadido una heterogénea muchedumbre, compuesta principalmente de las familias ó los amigos de los que llegaban á la capital ó pasaban por ella, de los mozos y *ganchos* enviados por los hoteles, de los vendedores de periódicos, de cerillas ó de guías de ferrocarriles y de los *cicerones* prematuros, ya apercibidos á caer sobre el desprevenido viajero para poner á prueba su paciencia, á fuerza de ruegos, ofertas é importunidades.

—¡Gran hotel de Europa!

—¡Hotel del Comercio!

—¡Grand hotel des Ambassadeurs! ¡On parle français!

—¡Gran fonda de Castilla!

—¡Señorito, el saco de noche!

—¡Hola, muchacho! ¡Tanto tiempo sin vernos!

—*¡Splendid Hôtel! ¡Englis spoken!*

—*¡La Dinastía, El Eco de Castilla, La Capital, La Carpetania!*

—¡Guías! ¿Quién quiere guías?

—Hotel Parmese! ¡Si parla italiano!

—¡Azucarillos, agua!

Las voces, las apreturas y la confusión llegaban al punto culminante, y esquivando bonitamente toda suerte de ofertas, mi amigo y yo nos escurrimos como Dios nos dió á entender hasta encontrar á la salida de la estación una atmósfera más despejada.

La plaza de Covarrubias, en que la estación se halla, rebosaba en ómnibus y coches de alquiler; dirigíme á uno de estos últimos, ocupámosle, di al cochero la orden de «A la fonda de Castilla» y el vehículo partió.

La acertada elección de alojamiento no deja de ser en Toledo un negocio de importancia, merecedor de la atención del recién venido forastero. Ya durante nuestro viaje habíamos, mi compañero y yo, hecho plática del asunto, quedando

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Toledo: publicación quincenal ilustrada. 31/7/1889.